

PQ 6511  
• 117  
v. 1



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

Biblioteca de la Capilla Alfonsina

88333

## EL EDITOR AL PÚBLICO

La exquisita complacencia con que fué acogido por el señor Campoamor nuestro propósito de reunir sus obras poéticas y darlas á luz en forma tan primorosa y barata que pudiesen llegar á todas las manos y sentar bien en todos los hogares, requería que nuestro reconocimiento no quedase oculto, y lo declaramos del modo que supimos al escribir como advertencia preliminar de la primera edición:

«MANIFESTACIÓN INDISPENSABLE.—El Editor creería faltar á los deberes de la gratitud y la cortesía, que obligan con mayor fuerza que nunca refiriéndose á tan sobresaliente personalidad como don Ramón de Campoamor, si omitiese consignar, al frente de estas páginas, el íntimo agradecimiento que le merece su autorización para publicar íntegras las obras poéticas de autor tan popular como eximio, de quien ha obtenido, además, una serie inédita de *Doloras*, cuya nota original presta nuevo valor y realce á la presente colección.»

Á tiempo rendimos al insigne bardo tan inexcusable tributo: poco después se extinguía para sus contemporáneos aquella existencia prodigiosa que, al honrar las letras en su expresión más pura, enalteció á la patria en el más legítimo de sus orgullos. Cargado de años y de merecimientos, volvió al polvo lo que de materia había en aquel ser excepcional, mientras su potencia creadora partió á la constelación del genio, donde radican los colosos de la imaginación; que, á través de los tiempos, legaron al mundo la peregrina estela de sus inspiraciones maravillosas.

Por demás merecido homenaje de todo un pueblo hacia quien supo comunicarle su pureza de sentir, fué el que acompañó á la tumba al grande hombre en quien ora contrastaban, ora se confundían los casi escepticismos del viejo filósofo con las espontáneas ternuras del adolescente; pero este homenaje se ha de perpetuar y se perpetuará mientras haya quien lea en español y quede un ejemplar de las *Doloras* ó de los *Pequeños poemas*. Por esto, al poner una vez más en prensa las producciones geniales del más candoroso y trascendente de los poetas castellanos, reproducimos á su memoria el testimonio de nuestra profunda veneración.

010422





*H. de Campour*





## R. DE CAMPOAMOR

---

**G**ERMINAL, Revista malograda de la gente moza, y *Vida Nueva*, Semanario radical, estimaban al octogenario Campoamor como uno de los suyos y le consideraban más revolucionario que muchos pseudo-liberales, á pesar de que el insigne autor de las *Doloras* ha sido y sigue siendo, quizá por el buen parecer, reaccionario y conservador. No pretendían, como humorísticamente decía el ilustre vate, que le llevasen á la cárcel á concluir su envidiable vejez; declaraban que el gran poeta, *dont l'Espagne est si justement fière*, contra su conservaduría y frente «á sus aficiones á pasarlo bien y á sus hábitos de pereza», resulta un agitador de ideas.

Sin ser filósofo, ni didáctico (poeta docente), ni reflexivo, Campoamor se prenda de la intuición plástica, del lenguaje por imágenes y proclama como dogma de su estética el arte por la idea.

De su filosofía (*El Personalismo* y *Lo Absoluto*, dos doloras en prosa) formula el juicio zumbón de uno de sus administradores, que parece pidió dichas obras, las que devolvió diciendo: «La remesa de las Metafísicas del amo equivale á mandar expresiones, que es como no mandar nada».

De su afán didáctico protesta el escepticismo (*el color del cristal con que se mira*) de todas sus poesías, que rabia de verse junto con el plácido y bonachón aspecto de creyente, que de su exterioridad de burgués apacible irradia el pastoso Campoamor.

De su criterio político, que acentuó, refutando la Fórmula del Progreso de Castelar y que confirmó con sus doctrinarismos aristocráticos, no se ha separado un ápice, sin llegar á la Meca, á la poltrona



ministerial, porque nunca supo quitar motas, ni tomar aires de seriedad ridícula. No es de los que identifican la seriedad aparatosa con el valer positivo de las gentes. Si le preguntaban: «¿Por dónde es usted diputado, don Ramón?», contestaba: «Por Romero Robledo». Al argüirle que Cánovas le miraba con cierto desvío, añadía: «No me perdona haber divulgado su avanzada edad».

De su ambición, dice: «Yo tengo el honor de despreciar la gloria y el dinero». Quizá es esta declaración de las que carecen de ingenuidad (y cuidado si el gran poeta es ingenuo). «No he necesitado dinero nunca», repite y aun es creíble que lo haya despreciado siempre. Pero ¡la gloria! ¿despreciarla? ¡qué cándida mentira, aun aplicada a lo que llama la fama infame! la que convierte a Voltaire de príncipe de los hombres de talento en dios de los imbéciles.

Campoamor, que es una sensitiva, ha soportado la censura; pero ¿agradarle? Jamás. Por evitar una crítica acerba era capaz de llegar hasta la injusticia consigo mismo. Para negar que había plagiado una poesía de Víctor Hugo, dijo que no sabía una palabra de francés, y no ha habido quien le arranque declaración en contra; porque, ¡debilidad de los grandes!, quiere ante todo aparecer como hombre que nada sabe y que nada estudia... él, el gran poeta psicólogo.

A través de su ortodoxia (garantida por la elegancia devota, que mezcla en el *boudoir* el incienso a que huele el devocionario con la mostaza de las doloras) apenas si podría caminar, sin grave riesgo, el ingenio sutil de Duns Scott. Las raíces del sensualismo poético de Campoamor ahondan en el misticismo literario; pero, como todos los místicos, convierte lo religioso en la novela de lo infinito y habla de la religión del amor (*Los grandes problemas*) como el más emancipado de lo dogmático. No contradice, sino que confirma la verdad innegable de que en todo místico late el germen de un heterodoxo. Carece Campoamor de la fe del carbonero, aunque «prefiere ir a misa a reñir con su mujer»; no le seduce la fe razonadora de Balmes, ni el celo ardiente de Fernán Caballero, ni la creencia militante de tanto obispo de levita; cree en la religión de la belleza, odia la democracia por anti-estética, y del cristianismo acepta la hermosa melancolía de su pesimismo, que concibe, pero que no siente, pues como dice en *Los buenos y los sabios*:

«Vive con la manía  
de maldecir de su feliz estrella,  
y cual buen pesimista en teoría,  
le va en la vida bien y habla mal de ella.»

Convierte Campoamor la ictericia moral del pesimismo, tinte gris de su grata existencia, en penumbras y contrastes para describir los

flagrantes delitos de inconsecuencia de la gente *d'élite* (*Los grandes hombres, Antinomias del Genio*) con una originalidad rayana en lo paradójico. Es él mismo una *paradoja de carne*, complaciéndose en darse aires de conservador y en verse evocado por los revolucionarios como portaestandarte de toda protesta.

¿Se engañan sus admiradores? ¡No! Campoamor, agitando ideas aun las más opuestas, es un poeta de cuerpo entero, es el POETA, y, por tanto, «resumen del hombre en general».

Cuanto en circunstancias dadas ha sentido la naturaleza humana, cuanto alguna vez ha hecho latir el corazón, otro tanto es la materia sobre la cual trabaja el poeta, apto para ser Anacreonte ó Angel Silesio, escribir trágica ó cómicamente y retratar un carácter elevado ó vulgar. Nadie puede impedirle ser moral, piadoso, cristiano, sin censurarle que no lo sea; verdadero espejo de la humanidad, pone ante su vista cuantos sentimientos le agitan. Los grandes poetas hablan como ventrílocuos por la boca de las personas que representan, ahora con el tono de héroe, después con la delicadeza del niño inocente, siempre con igual verdad y naturalidad; jamás son protagonista de sus obras, ni lloran fe perdida, ni maldicen dudas que no se disipan.

De tan buena cepa es Campoamor. ¿Por qué han de acusarle alguaciles de la conciencia, cuando ésta es incoercible, si ha conseguido que sus audacias volterianas y su perfidia sean paladeadas hasta por los más timoratos? Ha sabido unir la candidez de la paloma con la astucia de la serpiente, administrando aun a los más ortodoxos el veneno (según otros, el tónico) de la duda en píldoras doradas. ¿Es ó no revolucionario?

Jefe político de la provincia de Castellón el 48, Campoamor contestó al general Narváez, cuando le estimulaba a la reacción y a la arbitrariedad: «En esta provincia no hay temor de que el orden se altere, porque no tenemos ni un soldado». De Campoamor, que ha asistido y aun afortunadamente asistirá a la apoteosis de su gloria (y el inocente embustero dice que la desprecia), no habla mal nadie, ni los muchos que le envidian. A su excelsitud como artista, añade la condición ingénita de la bondad. No tiene que esperar a no llenar hueco para que le llegue el período de las alabanzas. El coro general de ellas suena continua y armoniosamente. Hace ya tiempo, Ayala, sintiendo la influencia de Campoamor y viéndole tan descreído, no le quería tan bueno:

«¡Hombre, no inspires amor!  
Te lo ruego por Dios vivo,  
¡hazte malo por favor;  
pues no serás tan nocivo  
en siendo un poco peor!»



A nadie extrañará que, cuando el Gran Anciano llega á la puerta de la librería de Fe, sin poder bajar de su coche, en busca de alguno de los muchos y muy sinceros admiradores que se complacen en saludarle, se sombree su risueña fisonomía con el temor del Gran Misterio (la muerte).

Si alguno quiere animarle con paliativos *ad usum Delphini*, podrá contestar el inmortal Campoamor como Aristipo. Asustado éste de una tempestad, excitaba la risa de los ignorantes, que carecían ó aparentaban carecer de miedo, y Aristipo les decía: «Hay mucha diferencia entre lo que tenemos que perder».

U. GONZÁLEZ SERRANO



## RECUERDOS (\*)

El señor Romero Robledo, al patrocinar la idea de la coronación de Campoamor, no sólo ha probado que

...También la gente política  
tienen su corazoncito...

sino que una vez más ha dado muestra de esa fina percepción que siempre le ha servido de garantía para el éxito de sus campañas.

Sabe Romero Robledo perfectamente que interpreta los sentimientos de toda España y, sobre todo, de la juventud española, que ama á Campoamor, porque Campoamor puso en ella siempre sus amores; porque los versos de Campoamor tienen un perfume de eterna juventud; porque Campoamor, octogenario, lleva del brazo todavía una musa fresca y risueña que no ha pasado de los quince abriles.

El que haya leído las *Doloras* de Campoamor, no puede negar una hoja de laurel á las canas venerables del poeta. Y ¿quién no se sabe de memoria sus doloras?

Escritor de su tiempo, Campoamor ha realizado el milagro de hacer amable la amarga filosofía moderna; revolucionario en la forma, se ha hecho perdonar sus desacatos á la preceptiva hasta por los retóricos fósiles. Sólo los beatos de criterio estrecho, de piedad limitada á unas

(\*) Este artículo lo motivó la proyectada coronación del señor Campoamor, de la cual hubo que desistirse ante su reiterada negativa á que se le dispensara tal honor. No puede considerarse, empero, inoportuna la publicación del presente escrito, porque, aparte las condiciones literarias que lo avaloran, contiene innegable interés como revelador de algunos rasgos del carácter del eminente poeta, cuya modestia ha alcanzado la altura de su maravilloso ingenio.



cuantas docenas de fórmulas litúrgicas, se atreven á odiarle porque les ha combatido con sus propias armas, haciendo juegos malabares con la letra muerta, no con el espíritu, de las Escrituras y Kempis.

\* \* \*

La mayor parte de los escritores que acaban de nacer á la vida literaria sólo conocen al poeta por sus versos. Campoamor, después de cumplidos sus gloriosos ochenta años, empezó á retirarse á la soledad de su hogar. Su casa, cerrada hoy á la amistad por los achaques del ilustre viejo, ha estado abierta de par en par á la juventud hasta hace pocos años.

Ninguna tan hospitalaria como aquella casa de la Plaza de las Cortes, donde tanto tiempo vivió el autor de las *Doloras*.

Campoamor no ha tenido nunca *despacho*, en el sentido vulgar que suele darse á la palabra. Un poeta que se escribe sus versos en los puños de la camisa, no necesita realmente la consabida mesa-ministro, la carpeta, el secador, la escobilla de las plumas y demás *chirimbolos* de escritorio.

Don Ramón ocupaba con preferencia un gabinete que comunicaba con el comedor, y en el gabinete una gran poltrona de cuero, colocada frente al balcón, junto á una cómoda-papelera, en cuyos abiertos cajones, muy desordenados por cierto, rebosaban las cuartillas, los folletos, el último libro remitido por el autor ó por el librero, diez ó doce revistas nacionales y extranjeras y periódicos de todos los matices. Adosado á uno de los muros se veía un gran armario lleno de retortas, matraces, alambiques y todo género de útiles de química. Nunca se ha sabido á qué género de alquimia se dedicaba Campoamor, como no fuera al oro... de sus versos. Frente al sillón ocupado por el poeta pendía del muro el retrato al óleo de un joven de abundantes cabellos, negra patilla, frente espaciosa y mirada penetrante. Campoamor aseguraba, *bajo palabra de honor*, que aquel retrato era el suyo, allá por el año de... (No decía nunca el año.)

Dos ó tres estanterías repletas de libros, libros clásicos en su mayor parte, completaban la poco complicada *mise en scène*. En el fondo del gabinete estaba la alcoba, y en la alcoba una cama de hierro en la que hubiera podido acostarse sin escrúpulos un cenobita.

La gota, de la cual el mismo Campoamor ha dicho que es

...la eterna compañera  
de todos los dichosos de este mundo,

atormentaba ya al bondadoso escritor, que la conllevaba resignadamente apoyando la pierna enferma en una banquetilla y cubriéndose

hasta la cintura con una manta zamorana con tantas borlas y colorines como aquella de su famoso *Tren expreso*.

La juventud literaria más desvalida, los principiantes, los provincianos recién salidos de su rincón, eran los *amigos* más queridos del ilustre anciano. Allá llegaban todos, seguros de que la puerta del poeta no se cerraba nunca para ellos. En aquel gabinete han recibido muchos escritores la primera caricia de la esperanza. Campoamor les alentaba, les aplaudía, y, á veces... á veces, por un humorismo sin hiel, por un impulso irresistible de llevar á la vida las paradojas de sus versos, les *consultaba* con una seriedad imperturbable, y con un aire de candidez que hacía morir de risa, preguntaba con la cuartilla en la mano: «¿De veras? ¿No está del todo mal? ¿Le parece á usted bien?»

Frecuentemente, no eran sólo consejos y lectura los que ofrecía Campoamor á sus admiradores. La simple sospecha de una necesidad que aliviar ó satisfacer, llevaba su mano generosa á uno de los cajones del escritorio, y después de haber oído evangélicamente unos versos muy malos, *prestaba* cinco duros.

—Tome usted—decía,—se los doy en oro: procure usted que suban los cambios.

Y así encontraba la manera de dar cinco duros que valían... ciento veinte ó ciento veinticuatro reales...

Las presentaciones solían turbar un poco á los neófitos, porque Campoamor tenía dos ó tres preguntas y otras tantas frases que en los primeros momentos dejaban algo parado al novel poeta:

—¿De modo que hace usted versos?

—Sí, señor, don Ramón.

—Bueno, bueno. No me olvide usted la metafísica. Sin metafísica no encontrará usted... ni consónantes...

*El presentado* (algo confuso).—No la olvidaré, don Ramón.

*Don Ramón*.—¿Usted será abogado ó estudiará para abogado, verdad?

*El presentado* (de 100 casos en 99).—Sí, señor.

*Don Ramón* (dándole unos golpecitos en la espalda).—¡Pues ya sirve usted hasta para reina madre!

Y así siempre.

Campoamor, como los reyes, no esperaba que sus visitas se despidieran. Las despedía él. Después de un ratito de charla se quejaba dos veces de la gota, y á la tercera el fiel Ramón nos ponía á todos de patitas en la calle; pero cada día salíamos queriendo más á don Ramón.

Para los apellidos usaba siempre Campoamor los diminutivos más caprichosos: á Pepe Roura le llamaba Rourito; á Herreros, Herrerito; á Fernando Fe, en la librería y en todas partes... Feito...

¡Excelente don Ramón! Hace cuatro años todavía echaba su rato



de palique en casa de Fe; después ya no bajaba del coche, pero aun le veíamos en su berlina á la puerta de la librería. Aquello era un jubileo: las mujeres más bonitas de la corte, al salir de Lhardy, rodeaban el carruaje del poeta—de su poeta—y le rendían, en pleno arroyo, al aire libre, donde se consagran los grandes méritos, el doble tributo de su admiración y su cariño... Campoamor ya no va á casa de Fe; ya no manda parar el coche á la puerta de la librería. ¡Qué ira dan los años cuando encierran en su casa á un anciano tan ilustre y tan bueno como Campoamor!

\* \* \*

Antes de sentirse vencido por los achaques, Campoamor daba todos los días un paseo por los bosquecillos del Retiro. Sentado en un banco de piedra ó cruzando lentamente las verdes sendas, ha escrito muchos versos, sobre todo los que después ha coleccionado con el título de *Humoradas*.

También en el Retiro le acompañaba el culto femenino. Como á la puerta de Fe, en la Carrera de San Jerónimo, se detenían para saludarle las muchachas casaderas, las mamás y las niñas. Tal vez del fresco beso de una de éstas nació, en una tarde primaveral, y en pleno Retiro, una de las más populares *humoradas*. Quizá Campoamor, al recibir la tierna caricia infantil, miró á la madre y se escribió en el puño de la camisa estos dos versos impregnados de la infinita melancolía de los recuerdos:

«Las hijas de las madres que amé tanto  
¡me besan ya como se besa á un santo!»

La última vez que le encontré en el Retiro, estaba don Ramón dedicado á un género de *sport* muy curioso y original. Apuntaba á los árboles con un *tirabeque*, semejante al que usan los chiquillos para cazar gorriónes, y ponía en la operación todo su cuidado.

—¿Qué hace usted, maestro?

—Ya lo ves: cazo pájaros.

—Y ¿qué tal?

—Muy bien. Mira, dame unas chinitas.

—Y ¿mata usted muchos?—le pregunté sonriendo al darle las municiones...

Se volvió hacia mí muy serio, y me replicó:

—¿Que si mato muchos? No, hijo, no; ¡ni por casualidad! Si matara alguno, me moriría de pena y ¡adiós diversión!

... Muchas veces, cuando he leído semblanzas de Campoamor, estudios críticos sobre sus obras ó análisis del éxito de sus doloras, he

pensado que gran parte del encanto campoamorino se funda en ese paradjismo extraño y amable del cazador de pájaros decidido á morir de pena si por un descuido de puntería derribaba de su florida rama á un mísero gorrión.

Llevemos á Campoamor hojas de laurel; pero su mejor corona es su propia bondad, esa bondad que le ha hecho decir en sus discusiones con los beatos:

—Dejadme en paz; toda mi filosofía es esta: «Sé bueno, y te sentarás á la diestra de Dios Padre».

LUIS LÓPEZ-BALLESTEROS

